

cede al Estado mayor general una caja magnífica, guarnecida de brillantes y valuada en diez mil pesos, regalo del Rey Jorge III, á fin de que, vendida, sirva su producto para la impresion de la táctica militar, que tan necesaria es en nuestros ejércitos para pelear contra las aguerridas huestes del Capitan del siglo.

Pero ¿qué se podian extrañar tales hechos? En Cádiz mismo no se habia visto empuñar las armas á don José de Rojas, primogénito de Casa Rojas? No se halló en cinco acciones? En la última no cayó herido? No le preguntó el general Ballesteros cual recompensa queria? Y la respuesta no fué decir: Nada, absolutamente nada deseo, sino solo dar un ejemplo á mis compatricios?

No le vió Cádiz regresar de la campaña y andar por la ciudad vestido siempre de soldado granadero y acompañado con un granadero, constante camarada en la guerra, por mas que no fuese noble?

No habia contemplado Cádiz, cómo en el año de 1810, don Antonio Artecona marqués de Casa-Rávago, despues de servir diez y ocho años en el Real Cuerpo de guardias, y de vivir retirado en su patria desde el año de 1803, y haber sido comandante del primer batallon de voluntarios distinguidos, y vocal de la junta de gobierno, dejaba su casa y su familia, y salia de esta plaza en clase de soldado de la compañía de cazadores de la espedicion, al mando del general don Luis Lacy?

Recuérdase todavía en Cádiz al jóven de don José Eusebio de Laraviedra. En el piso principal de la casa, donde vivian sus padres (1), el año de 1804 reside el ciudadano José Víctor Moreau, general célebre que fué de la república francesa y que desterrado á los Estados-Unidos, se halla de paso en esta ciudad con su esposa. Trábase amistad entre ámbas familias, y entusiasmo Moreau al entonces niño Laraviedra con sus hechos de armas y con su odio hácia Bonaparte. En 1808, teniendo 17 años, acude á la defensa de la nacion: obtiene el despacho de subteniente: se halla en varias acciones, concédenle una tenencia. Prisionero, despues de una gloriosa defensa en un olivar con 20 hombres contra 360 Dragones franceses, consigue sin embargo huir de Sevilla, Llega á Cádiz; y sin lograr ni pedir premios, como ayudante de la columna de cazadores con destino á las guerrillas del puente de Suazo, en una de aquellas salidas infructuosas, pero en donde siempre muestra su valor, muere el dia 14 de junio de 1810, atravesadas las sienas por una bala de fusil en el parapeto avanzado delante del portazgo. Mil veces habia dicho á sus amigos: No me es sensible perecer por la causa de la justicia, sino morir siendo como militar, el oprobio de mis conciudadanos.

En la flor de su edad, con gran talento, valiente, instruido, aficionado á la poesía, querido de todos en Cádiz donde habia nacido, excita su muerte el mas vivo dolor. Las córtes en la sesion del 13 de marzo de 1811, trataron de su trágico fin.

Así en esta lucha los hijos de Cádiz corresponden á lo que deben á la patria. Un comerciante, don Cecilio Zaldo, habia dado 200,000 rs. de donativo para nuestros ejércitos, el clero y los religiosos habian vestido al regimiento de Zamora con las limosnas de las misas, y la inspirada poetisa de Cádiz doña Vicenta Maturana, elegante, jóven y discreta, cuyo padre, como bravo militar, acababa de morir en el campo del honor, cuando era requerida de amores, y aun sin serlo, manifestaba por

(1) Plaza de San Agustín, número 200, hoy 5, vivia don Manuel Laraviedra. (Guia del Comercio de Cádiz para el año de 1807.)

do quiera la exaltacion de su patriotismo, asegurando que su mano estaba reservada al soldado mas heróico de aquella guerra.

Esto era Cádiz; y así fué su defensa.

Los actores, que en el teatro han trabajado durante el rigor del sitio, colocan, con permiso de las Córtes, una inscripcion de gratitud á ellas por haberles la Constitucion concedido el derecho de ciudadanos. Ellos concurren á una misa solemne, que en accion de gracias costean en la Iglesia del Cármen, siendo el orador el Magistral D. Antonio Cabrera; y por último, en la noche de ese dia, que es el 25 de Junio, representan en una funcion, á beneficio del ejército, la version de la tragedia de Alfieri *Bruto primo*, ha hecho con este fin y el título de *Roma libre* D. Antonio Sabinon, excediendo su obra en mérito al original, así por la dulzura, como por la gravedad y fluidez de sus versos. La primera actriz Agustina Torres representa un prólogo á la tragedia, escrito por D. Cristóbal de Beña, al gusto griego, el cual termina con estos versos tan famosos:

Y escrito está en los libros del destino
Que es libre la nacion que quiere serlo.

Este axioma tiene de notable el haberlo recordado Napoleon á los polacos y recordarse ahora por un poeta al pueblo de Cádiz, despues de mas de dos años de sitio por las tropas de Napoleon mismo que experimentaba la verdad que encierra.

El castillo de San Lorenzo del Puntal ó Puntales, es el que resiste todo el rigor del asedio y desde donde se defiende por la parte de bahía la ciudad. Viene á ser la Torre de Malakoff de este sitio. Colocadas las baterías enemigas en el Trocadero, el castillo tiene que ofender y ser ofendido por la artilleria francesa. Está confiado el gobierno durante el sitio á D. José Macías y estará años despues. Los voluntarios artilleros distinguidos de Extramuros son los que lo guarnecen con alguna pequeña fuerza de veteranos y unos artilleros ingleses que sirven la batería alta. Primero formaban una compañía esos voluntarios, mas tarde se convirtieron en un batallon. Contra el castillo lanzan los enemigos durante el asedio 15.521 proyectiles y los del castillo contra las baterías francesas 53.259. Un albañil que se decia Juan Romero, en medio del fuego, con una andamiada y á cuerpo descubierto repara exteriormente los muros, sin que un tiro enemigo le acierte en los dias mas rigurosos del asedio. Al cabo solo obtiene el recuerdo de una herida leve. Arde constantemente en la capilla del castillo ante una imágen de San Lorenzo una lámpara, única luz que en la fortaleza queda en la noche, y única tambien que no se apaga cuando dos determinados cañones de la batería alta son disparados; pues las demás luces mueren en ese instante.

Y las desgracias que producen los disparos enemigos, llegan á muy poco número en todo el asedio: 14 muertos, 38 heridos, 41 contusos. Viva, es la fé con que invocan al santo patron del castillo.

A los principios del sitio murió un albañil predecesor del heróico Romero. Refiérese, que estando con un peon en el andamio, introduciendo un canto en el muro, una bala dá en éste cerca de él. Caen en el andamio muchas piedras que hacen perder el equilibrio al peon y á Romero juntamente. Es baja mar: ámbos descienden sobre los peñascos al pié del castillo, descubiertos por la baja mar, y so-

bre el pecho de Romero cae el canto que está á medio introducir en el muro, acabando así sus días aquel valiente defensor del castillo de Puntales.

Solo un incendio hay durante el sitio y ese ocasionado por una granada española que reventó al salir de la pieza en la batería alta: vuélase un arcon de cartuchería en la baja: muere un artillero veterano; queda muy maltratado otro; préndese fuego á otro arcon de la misma batería y cinco artilleros de voluntarios distinguidos precipitadamente acuden con agua, en vez de huir; y de este modo el fuego se estingue y se salvan cuantos en la batería se encuentran.

Un oficial de ejército, hombre de gran valor é imprudencia, suele pasearse y hasta correr sobre el parapeto de la misma batería en los instantes de fuego, peligrosa diversion á que lo lleva su entusiasmo patrio. Cierta dia estando en aquel lugar, una bala de cañon enemiga le arrebató la cabeza y su cuerpo sigue corriendo, aun sin ella, breves momentos, mientras su cuello está convertido en varias fuentes de sangre con espanto de la guarnicion del castillo.

Una noche salen fuerzas de éste, segun la costumbre, á recorrer la playa contigua para vigilar la bahía por aquella parte y dar la voz de alarma, si algun desembarco se intenta. Pasada la media noche, sienten ruido en el agua como de una lancha ó barquilla, y apesar de las sombras creen ver una barquilla ó lancha que se dirige á la orilla á favor de la marea creciente. Dan varios la voz de ¡Quién vive? y de ¡alto! No responden y la lancha cada vez mas se avecina. Rómpele el fuego y la lancha continúa adelantándose y el fuego continúa igualmente con alteracion de los voluntarios al ver la temeridad de los que la tripulan. Mas ¡cuál es su confusion al contemplar á la luz de la naciente aurora, que es una vaca el objeto de sus cuidados, el blanco de sus tiros? Aquel animal se habia caido de uno de los buques que traen ganados de Marruecos durante el sitio para el abastecimiento de Cádiz. La vaca está muerta, y probablemente vendria ya ahogada cuando los disparos contra ella, si bien se notan las heridas de los tiros que se asestaron. Con gran regocijo es traída á la playa, y allí se parte en trozos y sirve para un rancho de las tropas de Puntales, que así solemnizan la equivocacion con aquel obsequio que las sombras de la noche les han enviado.

El 10 de Agosto de 1812 se bendice la bandera del regimiento de infantería de Extramuros, que tambien guarda el castillo, y la Regencia concede que terminada la ceremonia, esa bandera misma sea arbolada bajo el pabellon nacional, y que todos los dias de San Lorenzo sea arbolada igualmente para recuerdo de la gloria adquirida en esta defensa. Al arbolarse la bandera, los fuegos del enemigo se lanzan contra el castillo; los voluntarios permanecen en sus puestos durante la ceremonia con riesgo de sus vidas. Los generales D. Cayetano Valdés y D. Juan José Martinez, que pasan por las inmediaciones del castillo y oyen los vivas y el marcial estruendo, acuden, ven el espectáculo y obligan á aquellos voluntarios á recojerse prudentemente en las casa-matas.

Tales cosas en Cádiz ocurren, tal es el ánimo de sus vecinos, tal el de sus defensores, cuando el dia 25 de Agosto nótese á las ocho de la mañana que arden por varios puntos las obras de la línea enemiga con muestras de ser abandonada. No tiene límites el regocijo popular: la constancia de Cádiz queda victoriosa.

El poeta D. Eugenio de Tapia, espresa el júbilo de la ciudad en el siguiente improvisado soneto:

Tanta fatiga, Sault, tanto sudar,
Tanto estrépito horrible de cañon,
Tanta cureña, obus y morteron,
Tanta muerte y estrago amenazar.
Tanto bullicio y tanto amontonar
Bala, granada, bomba y salchichon,
Tanta amenaza en tono fanfarron,
Tanto bajar, subir, parlamentar.....
Tal trápala y bullicio en qué paró?
La gran ciudad de Alcides lo dirá,
Pues publicar su gloria es su deber.
La luna treinta vueltas completó,
Y al cabo sin decirnos dónde vá.....
Nuestro gran mariscal echó á correr.

D. Angel de Saavedra, que como ayudante del Estado Mayor ha ido á recojer efectos de guerra de los enemigos al Trocadero, saca un diseño de los obuses de Villantroys, el cual es grabado al humo, y corre de mano en mano por Cádiz como objeto de la mas viva curiosidad. Entre esos morteros están los dos llamados el Rey de Roma y el Mortier, que son regalados á la nacion inglesa como recuerdo del sitio de esta ciudad. Al propio tiempo el mismo D. Angel de Saavedra escribe y publica una oda con el título de Cádiz libre del sitio, en magníficos versos, imitacion del estilo de Fernando de Herrera. Dice en la única estrofa que conocemos de esta oda, pues no hemos podido hallarla, ni su mismo autor la conserva impresa, ni escrita, ni en la memoria:

¡Ay de los que en su número fiados
Y en su denuedo y en sus armas fieras,
Se atrevieron á hollarte, ínclita España!
Y á desplegar de muerte las banderas
En la costa que el mar Atlante baña;
Que el brazo del Señor potente y grave
Deshace su furor, cual sol ardiente
Deshace obscura niebla, y ya no sabe
Vencer el galo triunfador, y en vano
Ostenta su poder antes temido,
Y de sus huestes el ardor insano
Y su bélico estruendo y alarido;
Que el cielo en ellas el pavor infunde
Y su altivez y su impiedad confunde!

La ciudad de Cádiz, agradecida á la escuadra británica por la proteccion que le ha debido, por las pérdidas que ocasionó á los franceses en dias de tantas fatigas y de peligros tantos, acuerda enviar una diputacion á felicitar al almirante Legge. En la mañana del 18 de Setiembre, los regidores D. José Romero Campo y D. Bartolomé Costelo, con el síndico D. Santiago José Terry, llevan el mensaje de la ciudad. Van en una falúa con clarines, mazas, porteros y alguaciles. Llegan al navío almirante: dos oficiales de graduacion los reciben en el pasamanos de la escala: acompañanlos hasta la cámara, á cuyas puertas sale el almirante: quedan ante ellas las mazas de la ciudad. Entran en la cámara todos, siéntanse los diputados del Ayuntamiento y el almirante; y á presencia de la oficialidad, se le dice por uno de los regidores el objeto de la venida y el síndico pone en sus manos el oficio de gratitud. El almirante responde que él lo transmitirá á sus oficiales; y que aquella prenda del afecto de una ciudad como Cádiz, será la página mas brillante de la ejecutoria de cada uno de ellos. Vuelve la diputacion á la falúa del general de la

armada española: el navío almirante inglés despide á la diputacion del Ayuntamiento disparando los cañonazos de ordenanza, como honor de un capitan general. La marinería de todos los buques de guerra ingleses está colocada en forma de ceremonia y saluda con víctores á los representantes de Cádiz.

Tres dias despues el Almirante, viene con toda solemnidad á las Casas Consistoriales á dar las gracias á la ciudad, por aquella muestra de afecto hácia la nacion británica. Un mensaje igual, pero solamente escrito, se envia por la Municipalidad al general de las tropas inglesas, que han defendido las líneas de la isla de Leon. Las gentes mas principales que tienen casas de recreo en Chiclana y otros puntos vuelven la inmediata primavera á gozar de las delicias del campo tras tantos dias de forzoso encierro en las murallas de Cádiz. Don Juan Bautista de Arriaza, al contemplar el regocijo de gaditanos y gaditanas, en el instante de tornar á aquellos lugares de su diversion predilecta, escribe esta bellísima anacreóntica que tan brillante colorido local atesora.

A las primeras partidas de campo, que se hicieron á Chiclana, despues del largo sitio de Cádiz y acabados de destruir los parapetos franceses.

ANACREÓNTICA.

La Primavera alegre
Llama con dulce risa,
Al campo de Chiclana
Las gaditanas ninfas.
Tras los aciagos tiempos,
En que la guerra impía
Las tuvo entre murallas
Medrosas y aflijidas.
Vedlas correr ansiosas
Y ocupar á porfía,
Las deleznales lanchas,
Las ruidosas berlinas:
Cual se unen y conciertan
En parejas distintas,
Ya que amistad las junte,
Ya porque amor las guía!
La alegre carga sienten
Las lanchas oprimidas,
Y remando y cantando
Se apartan de la orilla.
¡Oh, cuán audaces otras
En leves carros brincan
Y á los fogosos brutos
A la carrera aguijan!
Cuál por llegar se afana;
Y con jocosa grita
Al mas ligero aplauden
Y al perezoso animan.

Bulle en placer Chiclana,
Al verse acometida,
Por mar y tierra á un tiempo,
De tropas tan festivas.
Sus flores, sus guirnaldas
Y sus verdes colinas,
Para sus danzas presta,
Para sus juegos brinda.
Todo es allí contento,
Todo descuido y trisca:
Donde tronaba Marte
Ya solo Amor suspira.
Pues que los sitios mismos
Ora al placer dedican,
Que antes cubiertos vieron
De tiendas enemigas.
Donde asentada estuvo
La horrenda artillería,
Que amenazaba á Cádiz
Con espantosa ruina,
Ahora se ordenan danzas
De enamoradas lindas,
Y hacen el son los himnos,
Que la victoria dicta.
Ay! que así se suceden
En esta amarga vida,
Venturas y desgracias
Dolores y delicias.

Antes del levantamiento del sitio habia estado en esta ciudad el bizarro escocés don Juan Downie, sujeto de probado valor, muy dado á empresas de caballería y de corazon excelente. Él creó una legion en Extremadura para combatir á los franceses, dándole el nombre de Legion de leales extremeños. Todos iban vestidos á la española del tiempo de Felipe II, con jubon, calzas y ropilla de los colores blanco y encarnado, capa corta encarnada igualmente, y bonete de los

mismos colores. Sus armas eran lanzas con banderines encarnados y blancos, espadas y pistolas: estos los del escuadron de caballería; que habia además dos ó mas batallones de infantería vestidos á la antigua usanza igualmente.

El poeta y capitan don Cristóbal de Beña, amigo muy amigo de don Juan Downie, escribió una cancion con el título de la Voz del patriota en Extremadura, donde se lee esta estrofa;

Mirad de su tumba
Cual ya se levantan
Y al vándalo espantan
Pizarro y Cortés.
¿No veis cuál derrumba
Su lanza gloriosa
La tropa orgullosa
Del loco francés?

Y no era esto del vestido á la antigua, capricho solo de Downie, pues hallaba quienes lo siguieran en la empresa y quienes vistieran esos trages. En Cádiz mismo, don Clemente de Beña, escribió lo siguiente:

«Otro de los medios indirectos, pero muy poderoso, para renovar el entusiasmo, sería volver á usar el antiguo traje español. No es decible lo que esto podria influir para la felicidad de la nacion. Quién se vistiese á la española antigua llamaria precisamente á su memoria los hechos gloriosos de los antiguos españoles. ¡Oh padres de la patria! diputados del augusto Congreso de córtes: á vosotros dirijo mi humilde voz: vosotros podeis renovar los dias de nuestra antigua prosperidad: vestíos con el traje de nuestros padres, y la nacion entera seguirá al instante vuestro ejemplo.» (1)

Downie tuvo, pues, quien en escritos defendiese la utilidad de renovar el uso del antiguo traje: solamente que en todo esto habia un error, que era creer que ese traje pertenecia á los españoles, como peculiar de la nacion, cuando se usaba en toda Europa de la misma suerte. Tan equivocadas suelen ser las ideas en tiempos de alteraciones!

En la sorpresa de Arroyo-Molinos el 28 de octubre de 1811, se halló esta legion, y alcanzó una parte muy eficaz en aquella victoria. Downie con treinta ó cuarenta de sus soldados de caballería, y él tambien, vestidos á la antigua, vino á Cádiz como para presentar á las Córtes y á la Regencia una muestra de lo que sus soldados eran. Llevaba ceñida una antiquísima y grande espada, que la marquesa de la Conquista, descendiente de Pizarro, habia donado al caballero escocés, alhaja que por tradiciones familiares se decia del conquistador del Perú.

Aquella extraña tropa fué la risa de muchos; y al fin tuvo que abandonar su vestido de otros tiempos, porque la experiencia demostró que aquellos birretes eran blanda defensa para los sables de la caballería enemiga, que no dejaba de acuchillar bien á nuestros soldados sin respetar algo lo venerable de la antigüedad de los trajes.

Pero no por eso don Juan Downie dejó de vestir extravagantemente, pues aun-

(1) Exámen general de los Concisos publicados hasta el dia.—Cádiz 1811.

que se puso el uniforme de brigadier, según su categoría, llevaba además una faja de general por voluntad propia, y con la libertad de aquellos días de la guerra de la independencia, en que á los defensores de la causa de la nación todo era permitido; y así se retrató en una estampa que corrió grabada.

Igualmente no separaba de sí la espada antigua de Pizarro.

Cuando salió de Cádiz una expedición, poco antes del levantamiento del sitio, para la provincia de Huelva, á fin de que desde allí se dirijese á tomar á Sevilla, Downie iba en ella. Con la impaciencia del entusiasmo, la división se arrojó sobre los franceses que estaban á punto de retirarse de la ciudad. Downie á caballo en el puente de Triana fué herido de un balazo en la mejilla izquierda, que le destrozó parte del ojo. Cayó; y próximo á ser prisionero, no quiso que la espada de Pizarro lo fuese con él; y así tuvo la serenidad bastante y la fortaleza para arrojarla á la parte donde los suyos estaban sin poderle dar socorro. Prisionero quedó y por pocas horas, pues los mismos enemigos, acosados por los españoles, lo abandonaron en el camino de Carmona y no muy distante de Sevilla.

Regresa á Cádiz Downie apenas convalecido de su herida; y apesar de su extraña figura, pues es muy alto y seco, con bigote largo y caído, un parche negro que con su vendaje le cubre toda la parte izquierda del rostro, y no obstante la memoria de sus extravagancias pasadas, estimanlo todos, por la noble hazaña propia de un caballero de la edad media, y digna del mejor de los españoles por conservar una prenda gloriosa de España.

Don Cristóbal de Beña escribe en Cádiz con el título del heroísmo la siguiente Oda.

Musa, que de los ínclitos varones
Diste á Osian divino
El ensalzar las bélicas acciones
En canto peregrino,
Que acompañaba con su voz sonora
De oro y márfil el arpa encantadora;
Dá poder celestial hoy á mi acento,
Que á los ástros levante
Sobre las alas rápidas del viento
El ánimo constante,
Del que es honor de la escocesa gente
Y émulo digno de Fingal valiente.
En su sangre dos veces ya teñido,
Iba Downie el osado,
Trás el francés por su valor vencido;
Y de uno y otro lado
La muerte y el temor le acompañaba,
Y atónita Sevilla le miraba.
Cuando al bajar la plácida victoria
Del azulado cielo
A coronarle con laurel de gloria,
Llegó con rauda vuelo
Ardiente férreo globo, despedido
De hueco bronce en hórrido estampido;
Que el magnánimo rostro traspasara
Con espantosa herida
Y del fuerte brido le derribara
En súbita caída;
Y ya los enemigos orgullosos,
Trás la presa corrían afanosos.
De su carro de rubes entretanto

Fingal, que lo veia,
Con el celeste impenetrable manto
Al héroe le cubria,
Que apoyándose al pomo de la espada
Sostenia la vida desmayada.
"Hijo, le dice, si á la cruda suerte
Rendirse hoy es forzoso,
Tambien el cielo de inmadura muerte
Te libra generoso;
Poco serás, te juro, prisionero:
Yo, en tanto, guardaré tu noble acero.
"Sea" Downie responde; mas mirando
Que no lejos estaba,
De sus valientes el guerrero bando,
Hacia ellos señalaba,
Y á Fingal sonriendo, le decia:
Quién mejor guardará la espada mia?
Y superior entonces á sí mismo,
Así el acero lanza,
En prueba de su esfuerzo y heroismo,
Que á los suyos alcanza;
Y entre prisiones queda, y no suspira
Porque la fuerte espada libre mira!

Downie en Cádiz, contribuye á estimular mas y mas la aficion á las letras en don Cristóbal de Beña, y á él se debe sin duda alguna la publicacion de las poesías patrióticas de este ingenio en Lóndres, con el nombre de la Lira de la libertad.

Llega á Cádiz en Diciembre de 1812 el Lord Wellington: es la segunda vez que saluda sus nobles muros. En la primera, aún no habia logrado el alto renombre que le dieron en la Península sus últimos triunfos. Es recibido con gran aplauso, si bien recélanse de él infundadamente algunos del bando liberal: presumen que Wellington es adversario de la Constitución y que pretende, con la autoridad del mando de General Superior en nuestros ejércitos, abolir las reformas políticas establecidas. Por la Regencia se obsequia á Wellington con un banquete; El Marqués de Wellesley, dá otro á que concurren los diputados y la Regencia misma. En la mañana del 26 de diciembre una diputacion del ayuntamiento de Cádiz, compuesta de tres regidores y un síndico, pasa á felicitar en nombre de la ciudad á Wellington y á poner en sus manos una expresiva carta de gratitud por lo que ha contribuido á la defensa de la patria.

Inmediatamente devuelve Wellington la visita de felicitacion con una de agradecimiento. A la una de la mañana del mismo dia, tiene el Ayuntamiento que congregarse en las Casas Capitulares á toda prisa: llega, en efecto el Lord Wellington, acompañado de varios oficiales de graduacion de la Marina británica: es recibido por una comision con mazas y clarines en el pórtico del edificio y asimismo es despedido, luego que saluda á la municipalidad en la sala del Consistorio.

Obséquiase al Lord Wellington con una funcion de teatro, á que asiste, representándose la tragedia, recientemente escrita en Cádiz por don Francisco Martinez de la Rosa, con el título de la Viuda de Padilla: la cual en esa época solo se pone en escena tres veces. Aplaudida es en extremo, así por su oportunidad política como por ser su autor Martinez de la Rosa, estimado ya por su comedia, lo que puede un empleo, en donde la voz pública decia que estaba retratado en

uno de sus personajes el marqués de Villa-Panes y un eclesiástico muy conocido; pero bajo supuestos nombres.

El Lord Wellington, habiendo sido felicitado por una comisión de las cortes, se presenta en ellas á manifestarles su gratitud.

Celébranse las sesiones en la Iglesia del Oratorio de San Felipe, como ya queda escrito. El altar mayor está cubierto con un velo; igualmente todos los altares. La mesa del presidente se halla delante de la puerta del Templo, y bajo un dosel con el retrato de don Fernando VII, á cuyo pie hay un sillón vuelto. A su lado se colocan durante las sesiones dos guardias de Corps. El anfiteatro para los diputados, tiene tres órdenes de asientos, y está dividido en cuatro partes para facilitar la entrada.

Solo se abre la puerta principal para las grandes solemnidades, ó cuando algun general ú otro personage como Lord Wellington es recibido, bien sea en el Congreso mismo, bien en la barra ó barandilla, que se encuentra adornada con dos grandes leones de bronce. Dentro del anfiteatro y cerca de la barra, están dos tribunas para que los diputados, lean ó pronuncien sus discursos. Los diputados entran al salón por la pequeña puerta, que dá á la Sacristía. De las tres galerías que hay en la rotonda, las dos últimas que tienen barandas de madera, no se ocupan. La primera llamada *Paraiso*, sirve de tribuna pública. Debajo se vé otra que es la reservada. La capilla del Sagrario, tiene un tablado que es la tribuna de taquígrafos y periodistas. Están grabados con letras de oro en el salón, los nombres de don Luis Daoiz, don Pedro Velarde y don Mariano Alvarez, defensor de Gerona. La Iglesia ha quedado intacta, pero sí está bellamente transformada en salón de cortes, por el ingeniero Prat, hábil director de esta obra.

Entra en el Congreso Lord Wellington, el día 30 de diciembre, acompañado de cuatro diputados, y toma asiento en el seno mismo de las cortes: dá en tono seco y mal estilo las gracias por las honras que le ha merecido, y manifiesta solemnemente sus votos por la felicidad de España y por que quede libre de franceses la Península, á que ofrece contribuir hasta sacrificar su vida. El presidente, respóndele en un discurso muy florido, en que se tributan á Wellington grandes y merecidos loores. Es despedido con igual ceremonia y en medio de los vivas de las tribunas.

La Grandeza de España quiere obsequiar al Lord Wellington, como duque de Ciudad-Rodrigo, con un baile. Elígense los salones altos de la Casa de Misericordia, que se adornan con toda pompa y exquisito lujo.

Cuéntase que un día antes del baile, van unos forasteros á visitar aquel asilo; llegan á una de las partes bajas del edificio en que los locos están recogidos. Uno de estos se dirige á los visitantes y les dice: »Si buscáis locos, mañana los vereis bailando á centenares en los altos aposentos de esta casa.» Es tan celebrado este dicho, que D. Pablo de Jérica lo convierte al punto en un sazonado epígrama.

El baile es suntuosísimo: cuesta á la Grandeza 28.000 pesos fuertes, pagados entre los Grandes, que en Cádiz residen, á 1.000 cada uno.

La Condesa de Benavente, Duquesa viuda de Osuna, que preside el baile, recibe un anónimo en que le anuncian hallarse la cena envenenada por los enemigos de España, que han sobornado á los cocineros. Varios embozados están en la parte exterior del edificio, y reparten furtivamente y á la descuidada á los que entran al

baile, impresos, anónimos tambien, en que lo del veneno se anuncia. Dá que hablar en las primeras horas de la noche el asunto, despreciando los mas la nueva como una burla, pero siempre con algun vago recelo. Todos esperan lo que hará Wellington. Este cree entrever una burla para probar su valor, y así es el primero que riéndose de ella y de los que han querido turbar de este modo la fiesta, tal vez por no haber sido convidados, prueba la envenenada cena y bebe de los envenenados vinos, imitando todos su ejemplo con general alborozo, mientras se entona un himno, que Arriaza ha compuesto y que así empieza:

¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso
Que triunfó con justicia y valor,
Presentarle el tributo amoroso
De ternura, de aprecio y de honor!

Pocos días pasa en Cádiz Lord Wellington, y vuelve al ejército con el cargo de generalísimo á proseguir activamente la guerra contra el comun enemigo.

Otro personage recibe poco tiempo despues un homenaje de afecto en las Córtes, pero homenaje de afecto mucho mas expresivo y tierno.

A las doce de la mañana del dia 16 de Febrero de 1813 se presenta en la barandilla del Congreso un sargento primero de caballería, Antonio García. Tiene treinta y dos heridas: las dos sin cerrar, todas adquiridas en defensa de la patria. Habia sido pasado por las armas en un monte con otros dos soldados; recibió cuatro balazos. Abandonaron su cuerpo, entre los dos cadáveres, los enemigos, creyéndolo muerto igualmente. Un pastor por curiosidad acude y nota en él señales de vida: lo socorre, llévalo á hombros, cúidalo y sálvalo. Apenas convalecido, vuelve á presentarse en la division del general Ballesteros. Hállase en tres acciones. En la de Fregenal de la Sierra recobra una bandera española, que está en poder de diez y siete franceses: hace prisionero al mismo comandante que lo mandó fusilar en el monte y le devuelve suplicio por suplicio.

Ha llegado á Cádiz Antonio García. Las Córtes saben esta heroica historia y acuerdan prevenir á la Regencia que conceda al sargento primero de caballería ligera el uso del uniforme de su cuerpo con la distincion de alferez y la pension de 15 reales diarios por toda su vida, así como que se abra juicio contradictorio para que en él adquiriera la gloriosa cruz de San Fernando.

Al comparecer en la barra de las Córtes, de orden de las mismas, y llenas de un numeroso público las tribunas, lee el secretario el decreto; y el presidente dirige á García un discurso que termina con estas palabras:

»Ya que vuestra salud no os permite continuar en la penosa carrera, con que habeis conseguido tanta gloria, en el seno de vuestra familia y en el pais de vuestra cuna, continuad desplegando nuevos sentimientos de esta especie y refiriendo á vuestros conocidos y vecinos la historia verdadera de vuestros sucesos, contribuyendo con el vivo ejemplo á entusiasmar mas y mas el calor patriótico de vuestros conciudadanos. Expresadles, si os es posible, la dulce emocion que en este momento disfruta vuestra alma, al contemplar que todo el público se está congratulando en vuestras satisfacciones: decidles que nada puede igualar á este efecto encantador de la virtud: finalmente aseguraed á los jóvenes, que estos premios son inagotables

y que los obtendrán cuantos imiten vuestras heroicas acciones. Acercaos ahora á recibir las credenciales de la recompensa que la patria os ha señalado.»

Es pequeño de cuerpo: vá vestido con chaqueta militar amarilla: lleva un casco de caballería: en su rostro se ven varias cicatrices. Llégase á la mesa del Presidente, y este le entrega el decreto para que lo lleve él mismo, y lo ponga en manos de la Regencia, acompañado de un alabardero, que lo ha de seguir de orden de las córtés.

Estrecha García en su mano un papel, en que está escrito un estudiado discurso para leerlo y dar gracias á las córtés; pero, la conmocion que experimenta, le impide la lectura. En aquellos momentos haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, responde con balbuciente voz, estas improvisadas palabras: «Señor . . . Yo estoy sumamente reconocido á los favores de V. M. Mi agradecimiento será eterno. . . No deseo mas que restablecerme un poco de mis heridas, para volver á ser útil á la patria. . . Derramaré por ella hasta la última gota de mi sangre.»

El inmenso concurso de las galería y palcos, los diputados mismos, todos están con las lágrimas en los ojos, al ver el tierno y grandioso espectáculo de un soldado español premiado por la representacion nacional, por la patria reconocida. Rompen en vivas y aclamaciones, vivas y aclamaciones repetidas en el salon, vivas y aclamaciones que se repiten por las calles al dirigirse el héroe con el alabardero al palacio de la Aduana, donde la Regencia le espera para recibir el decreto que tanto le honra: vivas y aclamaciones, cuando al volver, pasa por delante de la casa de Wellesley, quien le ofrece el presente de un uniforme completo de alférez y un sable; vivas y aclamaciones ante la lápida de la Constitucion en la plaza de San Antonio; y aclamaciones y vivas hasta que García queda en su casa.

A la noche concurre al teatro y al palco, que le han destinado como obsequio. En uno de los entre actos uno de los actores dirige la palabra á García con este soneto, que es muy aplaudido, y terminado por los entusiastas víctores de la numerosa concurrencia.

Anima en vano el galo prepotente
Sus bárbaras legiones: arma en vano
Sus sanguinarios siervos el tirano
Para oprimir al español valiente.
Rabia y furor y hierro y plomo ardiente
Dirige contra el jóven asturiano,
Que con suerte divina, esfuerzo humano,
Jamás abate la atrevida frente.
Honor del suelo astur, recibe, en tanto,
El digno premio de la patria mia;
Que mas que la expresion celebra el llanto.
Y cuando la francesa alevosía
Oprimir quiera nuestro suelo santo,
Firme España dirá: ¡vive aun García!!

Quando presenció el pueblo de Cádiz un honor parecido en las Córtés y en el teatro al Lord Wellington, tratábase de un magnate de la orgullosa aristocracia inglesa, del duque de Ciudad Rodrigo, de un grande de España, de un caballero del Toyson de oro, del capitan general de nuestros ejércitos, vencedor muchas veces; ahora este honor se dedica á recompensar al sargento Antonio García que viene, como salido de la pobre fosa del soldado, en que lo creyeron sus verdugos.

La ciudad de Cádiz vé en él la representación viva del pueblo español en aquella lucha: herido, vencido en tantas y continuas ocasiones, fusilado y volviendo mas animoso á la lid, aun no convaleciente de sus heridas, á vengarlas y á pelear por la independencia.

Tales eran los soldados de semejante pueblo: tal el pueblo que tenia semejantes soldados.

Su retrato grábase al punto con la escena del fusilamiento, y corre de mano en mano con la estimación natural, que inspira la historia de aquel héroe: una suscripción se forma en Cádiz, para que con ella atienda á la curación de sus heridas.

Imitan el ejemplo el jefe y los cuerpos del ejército de reserva y le juntan 9786 reales, que el conde del Abisbal le remite con una carta, diciéndole ser acreedor por sus hechos á la admiración de los militares.

A los fines de abril del año mismo torna García á la campaña, restablecido de sus heridas, no sin manifestar antes y de un modo público, su gratitud al noble vecindario de Cádiz por sus pruebas de bondad y patriotismo, así como al Congreso Nacional y al embajador Británico.

Premiada en Cádiz fué una heroína guipuzcoana durante los días del pertinaz asedio: doña María Angela de Telleria, que de edad de 26 años, y soltera vino en 1811 á esta ciudad. Era natural de Elgueta: residia en Durango á tiempo que en 1809 entraron allí tropas francesas conduciendo para Francia prisioneros españoles de Santander. Decidió libertar á los mas y ejecutó lo que decidiera. Pidió permiso por sola curiosidad para verlos: llevaba consigo ocultamente tres vestidos de mujer: disfrazó á tres oficiales: pasó con ellos por medio de los centinelas. Dejólos en libertad, y animóse con la felicidad del suceso para proseguirlo. Recorrió casa por casa de las personas en quienes confiarse podía: obtuvo varias ropas de paisanos y hasta unos 70 pesos fuertes en dinero. Mudó su traje por el varonil: bajo lá capa ocultó unos cordeles; y noblemente artera, consiguió penetrar en el albergue de los prisioneros: hizo que todos se fuesen descolgando por una ventana á una huerta, y ella salió la última. Repartió el dinero entre todos; señalóles el camino mejor que cada cual debiera seguir para salvarse: ocultó á otros en casas que tenían sitio seguro y aplazado al intento, y ella llevó á la suya á un capitán de carabineros reales que se habia dislocado una pierna, al caer en la huerta. Un mes estuvo allí escondido y en curación, costada á expensas de doña María Angela. 26 fueron los oficiales que salvara: los soldados muchos mas.

Al fin los franceses averiguaron quien habia facilitado la huida de los españoles. El general Avril, gobernador de Bilbao, envió en su busca 400 hombres para asegurar su captura. Prisionera se trasladó á la cárcel de Bilbao: donde trataron, por amenazas y halagos alternativamente, de vencer su constancia, á fin de que declarase los nombres de los que le habian ayudado en su empresa. Interesáronse en Bilbao por ella algunos vecinos, y lograron que se la condenase solamente á dos años de cárcel en Durango. Trasladaada allí, el denodado partidario Cuebillas determinó restituirla á la libertad: sorprendió la población, y llevó á doña María Angela Telleria en triunfo á Logroño; pero á poco esta ciudad cayó en poder de los enemigos y con ella la heroína.

Cargada de cadenas, fué encerrada en un horrible calabozo de Bilbao durante tres meses. La humedad y la falta de aire le ocasionaron una enfermedad grave, hasta el punto de enternecer en algo á sus opresores. Condújosela á otra habitacion de mas saludables condiciones, donde estuvo otros tres meses; pero no consiguió verse libre de las cadenas, que le dejaron siempre, cual si se tratara del malhechor mas temible.

El gobernador de Vitoria mandó que fuese llevada á aquella ciudad para sustanciar su causa. Allí intentaron tambien vanamente rendir su ánimo por medio de las amenazas y promesas á fin de que declarase los que le facilitaron recursos para salvar á los prisioneros. Condenáronla á muerte.

Supo todo el partidario Longa; y sin pérdida de tiempo dirigió al gobernador una carta previniéndole que los quince oficiales franceses, que él tenia en su poder, serian fusilados si en un plazo dado no ponia en libertad á doña María Angela Telleria. Consultó con el gobernador de San Sebastian Thouvenot lo que podria hacerse ante tan terrible y ejecutiva amenaza: este mandó que la heroína se trasladase á San Sebastian. Allí llegó al fin, escoltada por catorce gendarmes y alguna infantería. Denostó Thouvenot á doña María Angela por su proceder, olvidándose de que era una señora y prisionera. Ella no dió señales de alteracion alguna: al cabo, solo le respondió en su vascongada lengua que así como él era buen patriota francés ella era buena patriota española: que nada malo habia hecho en libertar á sus hermanos y que siempre que pudiera, volveria á ejecutar lo mismo.

No tuvo qué responderle Thouvenot: dióle la orden de salir, en el término de 30 dias, del territorio ocupado por los franceses; hizo que prestasen fianza tres personas abonadas, púsola en libertad: regresó ella á Vitoria y de allí pasó á Asturias, donde el general Bonnet á quien se presentára le dió un pasaporte é hizo que tropas suyas la llevasen adonde estaban las nuestras. Fué entregada al célebre Porlier.

Sin casa y sin recursos y en la miseria se presentó doña María Angela Telleria en Cádiz. D. Francisco Sanchez Barbero se interesó por ella en vista de su patriotismo heroico y de sus padecimientos: publicó en el *Conciso* su historia. En Cádiz llamó la atencion extraordinariamente y las córtes en 1811 acordaron que por la Regencia le fuese concedida una pension vitalicia de 4.000 reales de los fondos de la Cruzada en Cádiz.

En Cádiz siguió, durante el sitio y despues, estimada de todos.

Por los años de 1825 estaba casada con D. Juan Olmedo, y se declaró que la pension no habia quedado invalidada por el estado nuevo que ella tenia. Era por sus méritos personales, y concedida sin restriccion alguna.

Hoy vive doña María Angela Telleria en edad casi octogenaria en el pueblo del Rosal de Cristina (provincia de Huelva) y continúa cobrando de la administracion de Cruzada en Cádiz la pension otorgada en premio de su heroicidad, constancia y patriotismo; vivo monumento de una época de abnegacion cual ninguna, y de la estimacion con que en Cádiz se acogian á los nobles defensores de la independencia patria.

Siguen las córtes durante el año de 1813 en sus reformadoras tareas. Ce-

san las generales extraordinarias para que las ordinarias den principio, segun en la Constitucion se previene. Pero aquel cuerpo legislativo torna á la vida: la fiebre amarilla ha invadido á Cadiz, unos procuran negar la existencia del mal y otros aumentar sus estragos. Sanchez Barbero á este propósito publica el siguiente epigrama:

Como el corso está jugando
Al congreso en la Bohemia,
Así en Gibraltar y en Cádiz
Jugamos á la epidemia.

Las córtes generales extraordinarias se han congregado por una parte del conmovido pueblo, que no quiere ver huir á la Regencia con las córtes ante la fiebre amarilla, cuando no huyeron ante las bombas del francés enemigo. Acuerdan que el Gobierno y Congreso continúen en Cádiz. El diputado don José Mejía es quien mas insiste en que no se padece aquí tal dolencia pestilente, y hasta lo asegura, apostando su cabeza. Pero la enfermedad produce sus estragos. Mueren al rigor de ella el mismo Mejía, causando su muerte en la temprana edad de 36 años extraordinario dolor, Capmany ya en la convalecencia, D. Manuel Luxan, Vega y otros diputados de las córtes que acaban de disolverse. Las ordinarias trasladáronse, al fin, á la isla de Leon. El ayuntamiento de Cádiz, con gran acompañamiento de generales y otras personas distinguidas, algunos prelados regulares, y diputacion del cuerpo de Voluntarios distinguidos pasa el dia antes de la traslacion al palacio de las córtes y es recibido por los dos secretarios mas modernos é introducido en el salon por los mismos, quedando á la entrada todo el acompañamiento. Sube á la tribuna de los diputados, como presidente del municipio, el general D. Cayetano Valdés, honor que se ha concedido por las córtes á la ciudad, y desde allí les dirige un discurso en nombre de Cádiz. Lee la respuesta el presidente y sale el ayuntamiento con igual ceremonia y pompa.

Este acto de gratitud, por mil causas fué obligacion del ayuntamiento. Aun resonaban las palabras del presidente de las córtes, cuando se instalaron en Cádiz el 24 de Febrero de 1811.

»¡Cádiz, patria dichosa de mis mayores! este pueblo afortunado no me dejará mentir, si en su nombre aseguro á V. M., que, como haya de nuestra parte todo el teson del verdadero patriotismo y la recta administracion en todos los ramos del gobierno, tendremos soldados que hagan la guerra, tendremos dinero para continuarla, tendremos la dicha de ver entre nosotros al verdadero rey.»

Y Cádiz no defraudó las esperanzas que en ella las córtes pusieron: todo se cumplió tal como confiadamente se creia.

Por eso el ayuntamiento, al ser recibido públicamente por la Regencia, presidida por el cardenal de Borbon, pronunció estas solemnes palabras de despedida:

«Cádiz ha sido y es el baluarte de la nacion, en donde nunca dominarán otras armas que las españolas, cuya seguridad ofrece el ayuntamiento á nombre del pueblo.»

Durante el sitio de Cádiz, fallecen en la ciudad, á mas de los diputados referidos, en 1810 el mariscal de campo D. Gerónimo Peynado, el duque de San Lorenzo, la Excm. Sra. D.^a Francisca Ramirez de Ulloa, la condesa de Torre Seca, en 1811 el mariscal de campo D. Andrés Lopez, la marquesa de la Calzada, la mariscal de Castilla, condesa de Noblejas, la madre D.^a María Josefa de la Herran, monja profesa del convento del Espíritu Santo del Puerto de Santa María, el marqués de San Bartolomé, el gefe de escuadra D. Adrian Valcárcel, el marqués de la Atalaya Bermeja, y D. Agustin Brun, de quien se advierte en el libro del cementerio, como cosa notable, que lo enterraron con el hábito de Santiago, que quisieron quitarle y no se consintió: en 1812 la vizcondesa de Uzot, los generales de marina D. Estanislao Juez Sarmiento, y D. Juan José Moreno, el teniente general de ejército D. Ramon de Castro, el marqués de Dos Hermanas, la marquesa de Casa-Enrile, el conde de Casa-Rojas, y en 1813 la condesa de Torre Alegre, D. Basco Morales teniente general de marina, el marqués de Alcañices, el Excmo. Sr. D. José Bermudez de Castro y el conde de Priole, ministro de la córte de las dos Sicilias cerca de España, víctima mas que de la fiebre amarilla, del temor que le causó, pues siendo muy benigna, espiró repentinamente al segundo dia. (1)

Tal es el cuadro histórico de Cádiz, durante la guerra de la Independencia.

Como testimonios de lo que puede una ciudad leal al trono de sus mayores y á la causa de la Independencia patria, quedan el recuerdo de sus sacrificios personales y pecuniarios: las cruces instituidas para premiar á los marinos de la rendicion de la escuadra, á los defensores de Puntales, al conde de Casa-Rojas, y á los que asisten á la batalla de Chiclana.

Cádiz obtiene el renombre de muy heroica, como el maspreciado blason de sus blasones, y el título de ciudad, con nombre de San Fernando, la Real Isla de Leon.

Al disolverse la junta de señoras, reciben del Rey don Fernando VII el, distintivo de un brazaletes con la cifra del monarca: orden nueva destinada solo para recompensa de aquellas especiales y patrióticas virtudes.

La Cortadura sirve de monumento de época tan gloriosa para Cádiz.

Las banderas de sus voluntarios distinguidos, son en la Casa Capitular un vivo recuerdo del honor de sus habitantes.

Don José Macías, el defensor del castillo de Puntales, no quiere separarse de su querida fortaleza en muerte, como no se separó de ella durante treinta y dos meses. Pide y obtiene la especial merced de que sus restos descansen en la capilla de San Lorenzo del Puntal, y allí reposan. (2)

(1) Tal dice su médico el célebre Dr. Don Francisco Flores Moreno en su memoria sobre la fiebre amarilla.

(2) Hé aqui la inscripcion del sepulcro.

Aquí yace el cadáver del señor Coronel D. José Macías García de Santa Ella, Caballero con la Cruz y Placa de la Real y militar orden de San Hermenegildo, Gobernador que fué de este castillo de San Lorenzo del Puntal, y condecorado con la Cruz de distincion por la defensa del mismo en la Guerra de la Independencia. S. M. en pre-

mio de esta gloriosa defensa, que bajo su mando hizo la fortaleza por espacio de treinta y dos meses, dispuso por Real orden de 28 de Julio de 1816, accediendo á su peticion, fuese sepultado en esta capilla. Falleció en 8 de Enero de 1824.

Le dedican esta memoria su viuda é hijos.

R. I. P.

Todos los años hasta el de 1830 se arbola la bandera del batallón de voluntarios distinguidos de infantería de Extramuros el día de San Lorenzo bajo el pabellón español en el castillo.

Convertida en gloriosos girones aquella insignia de honor, que se guardaba en la capilla de la fortaleza, y no habiéndose cuidado de restaurarla, cesa aquella costumbre, que se había renovado por una orden soberana.

Yacen por mucho tiempo tendidos en el parque de Artillería los grandes morteros, con que bombardearon á Cádiz los enemigos: testigos silenciosos de la impotencia de Napoleón ante nuestros muros, y ante la inquebrantable fidelidad de sus moradores.

Todavía sobre los muros de la Casa Consular, están escritas las palabras con que la junta allí establecida, respondió á los generales de José Bonaparte, negándose á reconocerlo por Rey.

Todavía permanecen repetidas sobre los muros de la casa de la ciudad, para enseñarlas á los extraños y para enseñar á nuestros hijos.

Son las primeras de una grande historia: son el sencillo texto de un sublime poema, en que la patria es todo y el hombre nada.